

# El adolescente aislado.<sup>1</sup>

Carlos Tabbia<sup>2</sup>

Si bien el aislamiento involuntario y continuado es preocupante en todas las edades, se torna más inquietante cuando se manifiesta al final de la infancia. El aislamiento que se manifiesta en la adolescencia no sólo alarma a la familia del joven sino que señala un serio problema emocional. Ese momento evolutivo y ese conflicto pueden ser comprendidos si se abordan psicoanalíticamente más que sociológicamente, aunque sea un tema presente en los medios de comunicación, sobre todo en las sociedades donde los juegos electrónicos pareciera que facilitarían el aislamiento.

Al final de la infancia, cabalgando sobre la latencia asoma la pubertad con un ímpetu que sorprende a propios y extraños. La sorpresa radica en que se produce un desequilibrio, es decir, un movimiento en una personalidad no totalmente unificada, variadamente desintegrada y asentada sobre escisiones aunque sostenida por defensas obsesivas. Cuando la pubertad irrumpe sobre la latencia se pierde el ‘centro de gravedad’, tal como le pasaría a la patinadora sobre hielo Lipnitskaia quien con 15 años obtuvo una medalla de oro en los Juegos Olímpicos de Invierno en Sochi (Rusia), a principios del 2014. Ahora, un año más tarde, como cualquier adolescente de su edad, en plena pubertad, está experimentando cambios que afectan a su patinaje; le está cambiando el cuerpo y eso hace que pierda el ‘centro de gravedad’ con el que estaba acostumbrada a trabajar. Esta opinión de los entrenadores deportivos de esa campeona europea remite a un concepto físico, el de la pérdida del centro de gravedad en una patinadora capaz de girar

<sup>1</sup> A Mind of one's own: Exploring the work of Donald Meltzer Conference, Tavistock, London, 2015.

<sup>2</sup> tabbiadespacho@hotmail.com

sobre sí misma o saltar sobre el hielo. ¿Sólo se pierde el centro de gravedad físico o también el emocional, como consecuencia de la alteración del estado de los objetos internos? El centro de gravedad de la personalidad se inicia y reside en la relación altamente compleja en la que el bebé con el pezón en la boca, mirando los ojos de la madre, encuentra ojos que están intensamente ligados con él<sup>3</sup> y sus oídos están atentos a las palabras que salen de la boca de la madre. El centro de gravedad de la persona es dependiente del estado de los objetos internos y de su relación; la inestabilidad emocional está asegurada cuando la identificación intrusiva sustituye a la identificación introyectiva de objetos totales vivos. Si el niño llega al final de su infancia con un centro de su personalidad poco estable, atravesado por escisiones patológicas, pueden sucederse distintos fenómenos como, por ejemplo, el de detenerse la acción de las hormonas sin desarrollarse el proceso puberal, o como el precipitarse la pubertad si la latencia estuvo sobrestimulada. Y tal como dice Meltzer (1999):

“Pensamos en general que la pubertad ocurre por cambios fisiológicos y hormonales, pero tenemos ejemplos en la anorexia, de cómo el sistema hormonal está fuertemente ligado al estado mental, y puede retrasar la pubertad fisiológica: chicos en la latencia por años y no menstruando y no desarrollando pechos ni vello pubiano y demás. También se puede encontrar una pubertad prematura cuando fueron objeto de un estímulo o abuso sexual, algo que ha despertado la sexualidad muy tempranamente y ha perturbado la latencia, y entonces menstrúan a los nueve o diez años, hay un desarrollo precoz de las mamas, etc. y son mujeres jóvenes cuando tienen 12 años” (p. 145)<sup>4</sup>.

La pubertad y la adolescencia, más allá de sus componentes hormonales, son un estado mental.

<sup>3</sup> Meltzer, D.: Conferencia en APdeBA 1989, *Psicoanálisis*, APdeBA, XII, n. 1, 1990, p. 133.

<sup>4</sup> Meltzer, D.: Diálogos clínicos con DM, caso Graciela, *Psicoanálisis*, APdeBA, 1999, XXI, n. 1/2, p. 145.

Al estado mental puberal se entra cuando se abandona la obsesionalidad propia de la latencia, produciéndose entonces una dispersión, el *splitting* del *self*, que torna necesaria la presencia de un grupo para recoger y sostener la fragmentación del *self*. El paso normal hacia la adolescencia ha de transitar esa fragmentación, regulada por la cualidad del centro de la personalidad con la que se ha llegado hasta ahí. En ese momento el niño ha de decidir lanzarse a la experiencia de la pubertad o, por el contrario, a evitarla refugiándose, por ejemplo, en el aislamiento. Y lanzarse a la experiencia de la pubertad es lanzarse a la experiencia de la disociación múltiple, proyectada sobre un grupo, en la que cada miembro del grupo deviene un soporte temporal de un aspecto de la personalidad; y en tanto la exigencia del momento es evitar el dolor, las fluctuaciones y variaciones del grupo son continuas. De ese modo, mientras unos toleran las oscilaciones, otros se aterrorizan y prefieren alejarse del grupo quedándose en el borde. Estos grupos expelen rápidamente el dolor y lo pueden hacer sobre los propios miembros más débiles o hacia el entorno más inmediato, ya sea los miembros del otro sexo, o la propia familia. Pero también es oportuno reconocer que la ansiedad paranoide que se dispara con la desintegración del período pregenital encuentra, afortunadamente, una cierta contención en un grupo paranoide, creando una situación que le hacía pensar a Meltzer que la pubertad era el momento de mayor locura en el desarrollo del individuo. Parecerá paradójico que el camino hacia la salud pase por transitar un grupo paranoide, sin embargo Meltzer lo consideraba esencial para el desarrollo del individuo, y consideraba que evitar la pertenencia a un grupo optando por coartadas no era la mejor manera de prepararse para entrar en el mundo adulto. Las coartadas son esas alternativas defensivas, muchas veces estimuladas por la intolerancia social ante los conflictos juveniles. Algunas de esas coartadas podrían ser el permanecer como latentes dentro del grupo familiar, o –identificándose con los modelos parentales– realizar una pareja idealizada e infantil, o huir de las turbulencias adolescentes convirtiéndose en esforzados estudiantes para terminar convertidos en brillantes ejecutivos pero frágiles emocionalmente, o entrar a engrosar la comunidad de los que se aíslan, siendo este el grupo que mayor preocupación despierta.

En los grupos puberales/homosexuales, dominados por poderosos procesos de identificación, existe intolerancia a la singularidad de los propios integrantes como si la existencia de un sujeto potente pudiera ser una amenaza para el funcionamiento masificante; en esos grupos se puede encontrar la misma hostilidad frente a gente potente como la que se puede encontrar en grupos institucionales donde sólo se tolera el formar parte de la colmena pero sin reclamar un reconocimiento. Si el sujeto no llega al grupo con un ‘centro de gravedad’ suficientemente fuerte tendrá la opción de someterse a la tiranía grupal o la de aislarse, permaneciendo en el borde emocional y funcional del grupo. Dentro de los grupos existen roles y funciones, y centrándome en el grupo puberal<sup>5</sup> y adolescente, quiero destacar, como Ríos<sup>6</sup>, tres roles: el del líder, el del amigo incondicional o íntimo y el de marginal. Un púber sano puede cumplir diferentes funciones y roles en diferentes momentos. Un púber con dificultades, no. Me parece que para acceder a la comunidad adolescente es de gran ayuda y significación tener un amigo íntimo. Concuero con Mantykow de Sola<sup>7</sup> cuando considera que el amigo íntimo es un vínculo ineludible en la adolescencia porque tiene la función de tolerar la turbulencia edípica; en tanto es un vínculo madurativo, primero con personas del mismo sexo y luego de sexo diferente, es un elemento cuya falta puede resultar un indicador de que la latencia continúa y que no se ha podido transitar libremente la pubertad ni la adolescencia. El amigo íntimo funciona como un objeto transicional para entrar y salir de la adolescencia. Acceder a una relación íntima indica que se ha tolerado salir del aislamiento y abrirse al mundo. No tener un amigo incondicional genera gran sufrimiento en todo adolescente.

<sup>5</sup> Véase Meltzer, D. (1967): *Proceso Psicoanalítico*, apéndice A, Acting-out y acting-in la transferencia, pp. 164/165.

<sup>6</sup> Ríos, C. (1985): “Las identificaciones en la adolescencia”, *Psicoanálisis*, APdeBA, Vol. VII, Nº 3 1985, pp.499-515.

<sup>7</sup> Mantykow de Sola, B. (1991): “El amigo íntimo de la adolescencia: su lugar en el proceso psicoanalítico”, *Psicoanálisis*, APdeBA, Vol. XIII -Nº3-1991, 565-583. Ríos, C. (1985), dice que “Las introyecciones ligadas a la figura del amigo incondicional son también de particular importancia como basamen para la elección del objeto amoroso, y casi diríamos que constituye el más importante sustrato identificatorio” (p. 508).

Un lugar siempre disponible para el joven aislado es el de paria o marginal. Estos jóvenes se convertirán en receptáculo de la parte psicótica del grupo y, de esa manera, contribuirán –dolorosamente– a la formación de la pandilla; pero, a su vez, ese será el peaje que pagarán para pertenecer a un grupo, y sobre el que, a su vez, proyectarán sus partes sanas y potentes, sobre todo en el líder. Cuando el rol de marginal se cronifica en una persona se están poniendo las bases para la psicopatología más severa. El marginal, al no poder participar en el libre intercambio de roles, queda impedido del beneficio de la experiencia grupal, por tanto no podrá ni disminuir las disociaciones ni la omnipotencia, ni aliviar las ansiedades paranoides<sup>8</sup>, ni alejarse fácilmente de las tentaciones de la megalomanía. El aislamiento se torna en refugio peligroso y doloroso. Y los beneficios de la comunidad adolescente se tornan inalcanzables.

Pero ¿qué impide al joven entrar a formar parte de un grupo, de una pandilla y sobre todo “socializar sus conflictos”, tal como sugería Meltzer (1973)? Qué sucederá para impedirse el irrefrenable deseo del joven de salir al mundo, encontrar amigos y formar parte de grupos, de cualquier grupo porque, tal como expresaba Esteban (16 años) si “no estaba con los más marginales y drogadictos del pueblo no tendría con quien estar y me encontraría solo”. Y la soledad es algo tan temido que, en ausencia de un amigo íntimo o de un grupo, hasta se puede crear un amigo incondicional, por ejemplo, un perro, como hizo otro adolescente, Héctor, quien llamó Sansón a su perro; pero conviene señalar que Sansón significa ‘el que sirve a Dios’, y Héctor había quedado atrapado en un agobiante aislamiento, cual dios de una pandilla narcisista compuesta por sus padres y él mismo, hijo único; Héctor era un dios que en su aislamiento contaba con la fidelidad y consuelo de Sansón.

¿De qué se aísla el adolescente? ‘Aislado’ significa haberse separado de otras personas o de cosas. Los otros están pero no se puede acceder a ellos y la ‘socialización de los conflictos’ se torna imposible. Como el aislamiento se manifiesta en muchas patologías y responde a

<sup>8</sup> Cf. Meltzer, D. (1973): “Identificación y socialización en la adolescencia”, *Estados sexuales de la mente*, Buenos Aires, Spatia, p. 55.

estados mentales varios, conviene hacer algunas diferenciaciones, sin pretender dar cuenta de todas las problemáticas de los adolescentes aislados, lo cual excede este espacio. En primer lugar es necesario diferenciar dos tipos de aislamiento que se pueden desarrollar a partir de experiencias de separación y duelo.

1. Una experiencia dolorosa es la que puede vivir un adolescente que, ante el desmoronamiento del grupo homosexual, no puede participar ni beneficiarse de la dinámica grupal y hace una ‘enfermedad depresiva’ cuando el mejor amigo encuentra una pareja, y termina aislándose.
2. Otro fenómeno que desemboca en aislamiento es la conducta de aquellos adolescentes que resentidos por la caída de las idealizaciones infantiles se retiran a una ‘organización narcisista’ que podría desembocar en una ‘megalomanía’ tranquila, aunque peligrosa; estos adolescentes pueden creer que se han autoengendrado, y se tornan incapaces de reconocer su dependencia de los objetos parentales. A partir de este estado mental pueden desarrollar la creencia de tener una función o misión en la vida; la base maníaca de esta personalidad puede manifestarse en la creencia de que han de educar a sus propios padres a ejercer sus funciones o la de transformar a los Estados o las instituciones. Pero tanta arrogancia no disuelve la sensación de soledad ni la del aislamiento<sup>9</sup> sino que se agranda con el resentimiento. Y el tema se agrava cuando los celos delirantes explotan en actos vandálicos donde se asesina indiscriminadamente a niños o jóvenes...

Junto a esas manifestaciones de aislamiento adolescente derivado de estados depresivo/paranoides o grandioso/megalomaniacos, existen otras manifestaciones que merecen ser estudiadas porque se están haciendo cada vez más presentes en las consultas del psicoanalista. Se trata de jóvenes que no tienen amigos, que no se integran en los grupos, o que ocupan lugares marginales en los mismos, o que están encerrados en su casa, o que salen sólo para ir al colegio pero no se

<sup>9</sup> Meltzer, D. (1971): “Cuando una parte infantil en especial, o una organización de la misma, salta sobre la conciencia y domina el comportamiento de una persona, temporalmente, digamos, el sentido de identidad está condenado a verse oprimido por la soledad, por desafiante que sea, de un niño en el mundo del adulto”. (Spatia, p. 183).

relacionan con los compañeros y se dedican a deambular solos por las calles, o que sólo se relacionan a través de las redes sociales sin ningún contacto físico, etc. Creo que muchas de estas manifestaciones pueden estar vinculadas al empleo masivo de identificaciones narcisistas. Estos adolescentes, a los que a continuación me referiré, temen renunciar a las defensas narcisistas porque perder el control obsesivo de su estado al zambullirse en la comunidad puberal/adolescente les hace creer que ya no podrán reorganizarse. El gran anhelo de entrar a formar parte de un grupo puede promover en su interior la inconfesada decisión de entrar en un grupo pero para dirigirlo, para convertirse en el líder, y de ese modo controlarlo hasta reorientarlo. También se puede entrar en un grupo para permanecer como una mosca en la pared, para curiosear y mantener la distancia que les permita juzgar la conducta ajena, pero todas estas incorporaciones parciales les impiden vivir la experiencia emocional grupal. Puede ser que desde esa pseudovinculación se sientan grandiosos, con cualidades especiales, ocupando lugares de prestigio, pero tendrán garantizada la exclusión social, pues el grupo percibe su vinculación parcial y termina no fiándose de ellos... y de ese modo, el joven queda excluido de entrar a formar parte de la 'raza humana'. Esta dinámica grupal puede variar cuando el grupo evolucione hacia una disposición más depresiva y menos esquizo-paranoide; en ese caso, el adolescente aislado podrá obtener –por parte del grupo– mayor comprensión y contención de su sufrimiento.

A continuación me centraré en tres fantasías omnipotentes que impiden al adolescente entrar a formar parte de la comunidad adolescente y experimentar su poder transformador, condenándolo al aislamiento. En primer lugar me referiré a los adolescentes que viven replegados, luego a los que viven en identificación intrusiva, y por último a los que fueron aspirados dentro de un objeto.

3. “Al principio del psicoanálisis –decía Meltzer (1999)– se hablaba de volver hacia el útero. Después se desechó todo esto cuando apareció el concepto de identificación proyectiva. Pienso que hay una diferencia. Una cosa son las fantasías previas al nacimiento y otra cosa serían estas fantasías intrusivas que tienen que ver con la identificación proyectiva. Son diferentes en cuanto a su significado y también

en cuanto a sus consecuencias. En efecto, por un lado podemos identificar esas fantasías de regresar al útero, por las cuales los pacientes se vuelven hacia adentro, se aíslan, están como en el estado de un capullo. Es aquí donde vemos aquellos estados como “congelados”, unos estados de narcolepsia, en los que los pacientes duermen mucho, los estados de catatonía, etc., todos estos estados tienen que ver con fantasías de volver hacia atrás en el tiempo, a aquella situación maravillosa de estar dentro de la madre antes de que el papá apareciese” (pp. 74/75).

Tanto conflictúa la aparición del tercero, el padre, como las inevitables frustraciones que pueden promover el chiste: “¿Para qué venimos a este mundo? ¿Para sufrir? En ese caso nos volvemos!”. Aunque es discutible la idealización de la vida intrauterina, no se puede negar la creencia basada en que en el útero, ante los estímulos desagradables “el feto se libra de ellos tan pronto como puede” (Bion, 1997, p. 50). Esa fantasía de paraíso siempre posible frente a exterior conflictivo se expresa en el diálogo entre Somita Treinta y Término, en el tercer volumen de Memorias del futuro:

“Somita Treinta: Vuelve al Líquido Amniótico.

Término: ¡Sal al sol! ¡Gloria! Los campos están bañados de luz. ¡De luz de luna! No te quedes adormilado en la cama.

Somita Treinta: Quédate calentito en ella Tu Rey y tu Patria quieren... que te quedes en la cama” (Bion, 1995, III, 3, p. 539).

Ese quedarse en la cama, encerrados en un mundo sin estímulos, está relacionado con la renuncia de muchos adolescentes al mundo externo porque lo sienten peligroso, frustrante. Meltzer ya anticipaba en *El proceso psicoanalítico* que los celos posesivos eran una de las motivaciones para la identificación proyectiva y que se lo observaba tanto en los niños autistas, es decir, con dificultades de vinculación, como en



“los niños cuyos impulsos hacia la maduración son muy débiles, de modo que desean permanecer infantiles o morir. Lo cual significa para su inconsciente volver-a-dormir-dentro-de-la-madre” (p. 49).

Esa fantasía omnipotente está detrás de los estados de retraimiento y somnolencia. Pero una cosa es el anhelo de volver a dormir dentro de la madre y otra el estado derivado de que

“algunas partes pueden haberse quedado en el útero, produciendo estados de retirada, en todo diferentes en sus fenómenos de los de la identificación proyectiva” (Meltzer, 1994, p. 129).

Creo que cuando lo que predomina es la intrusividad, por ejemplo, en el compartimento cabeza/pecho del objeto materno, se podrán dar las características de la ‘lasitud oblomoviana’, donde el sujeto no tiene ningún deseo de salir al exterior porque goza de la indolencia; mientras que cuando predomina el aislamiento derivado de las partes no nacidas de la personalidad falta todo estímulo para salir al mundo y la persona está alestargada. Para Meltzer algunas partes no han nacido debido a un fallo en el encuentro estético entre el bebé y el primer objeto, y él lo relacionaba con el hecho de que la depresión *post partum* era más frecuente de lo que se suele reconocer. Si el bebé no encuentra un objeto capaz de contenerlo apasionadamente es probable que no acabe de nacer completamente.

Ya sea que se desee retornar al útero o que no se lo quiera abandonar, existe la fantasía universal de que dentro del útero no existen necesidades porque el fluir continuo de suministro torna imposible la noción de carencia o deseo. Sin embargo en el útero se pueden

“experimentar desagradados, a veces también violentos, ligados a bruscas alteraciones bioquímicas de su ambiente o puede sentirse perfectamente a sus anchas en un ambiente estable y protegido de interferencias externas. Estas diferencias en la vida intrauterina tendrán seguramente una influencia sobre su crecimiento, fuerza y vitalidad, sobre su disposición a interesarse en los objetos presentes en el útero y en última instancia sobre el modo en que se preparará para enfrentar el parto y la vida” (Caccia, O., 2007, p. 60).

La fantasía del paraíso perdido unida a los temores a los conflictos en el mundo externo, pueden retener o atraer a estados caracterizados por el aislamiento, somnolencia y profundo temor observable en adolescentes que pasan gran parte del día encerrados en la habitación y que cuando la abandonan lo pueden hacer explosivamente, como si salieran aterrorizados embistiendo a todo lo que encuentran por delante. Gerard, de 16 años, se había comportado como un buen niño, adaptado a las características escolares y miembro de un grupo de latentes pero que al llegar a la pubertad se aisló, luego de haberse visto envuelto en actos delictivos que reclamaron la intervención de la policía y la justicia, como por ejemplo, lanzarse a robar en supermercados, a cara descubierta, o a manosear a chicas mientras les robaba el teléfono celular. Para Gerard el venir a la consulta era como asomarse a la línea del horizonte y caer al infierno; el exterior estaba lleno de peligros. Sus padres, profesionales desconcertados y con serios problemas de relación mutua, estaban molestos con este púber que los frustraba. Creo que la llegada de Gerard a la pubertad no encontró objetos disponibles para contenerlo y sorprenderse ante el nuevo estado mental de este segundo hijo. Una prueba de ello es que los padres prefirieron interrumpir la terapia y hacerlo medicar, porque les era insoportable verlo aislado, tanto como sostener el proceso terapéutico. El “estuche o un envoltorio como exoesqueleto” (Bion, 1995, III, 1, p. 525) que Gerard había elegido para salir aterrorizado al mundo exterior no era más que una caricatura de un bandolero del Far West: ¡siendo muy delgado caminaba con los brazos en jarra prestos a sacar las pistolas! Tan aterrorizado estaba que hallaba refugio entre las cuatro paredes de su habitación.

Aunque sólo puedo mencionarlo, no quiero dejar de hacerlo, que existen formas de encierro en la habitación tan graves como las que se manifiestan en los estados psicóticos vinculados a la adicción a los videojuegos<sup>10</sup>.

4. No por menos graves pero sí por la mayor presencia de estos jóvenes, me quiero referir al aislamiento de los adolescentes borderline

<sup>10</sup> Véase el trabajo de David Rosenfeld: “Adicción psicótica a los videojuegos”, publicado en Paul Williams: *A Language for Psychosis*, London, Whurr Publishers, 2001.

psicóticos; estos suelen ser jóvenes que van por la vida bastante bien adaptados, que pueden tener una exitosa vida académica o deportiva pero tienen grandes dificultades para establecer relaciones íntimas y experimentan un doloroso aislamiento que sorprendería a los que los rodean.

Había dicho que Gerard había sido un niño educado, estudioso, adaptado; podríamos deducir que había abandonado la latencia como pseudomaduro, al punto que mientras sus hermanos jugaban al fútbol él leía filosofía y discutía de política, etc. Ese era el precio del huir de las turbulentas emociones juveniles, y le permitía mirar a todo el mundo desde la arrogancia, juzgando a familiares, amigos y vecinos. En cierto grado, esa arrogancia es bastante característica de todos los adolescentes porque es una de las consecuencias de los estados confusionales. Pero, así como todos los adolescentes pasan momentos de confusión, esta se cronifica cuando se pretende huir de las limitaciones del propio self y se pretende “captar la identidad de un objeto mediante la intrusión en él”<sup>11</sup>. Pero la contracara de la intrusión es necesariamente el aislamiento porque, al vivir en identificación intrusiva, la parte que vive en un compartimento queda alienada del exterior; en ese sentido Meltzer dudaba que fuera útil hablar

“en términos de mundo externo y mundo interno, ya que, para el paciente que vive en identificación proyectiva, pierde totalmente sentido hablar de adentro y afuera, ya que se trata siempre de compartimentos y no de interior y exterior” (D. Meltzer y GPB, 1995, p. 18).

Compartimentos que se convierten en una campana de cristal que impide todo contacto emocional y sincero con el mundo.

El elitismo y la arrogancia derivados de la identificación intrusiva con las cualidades de los objetos estimulan en estos adolescentes una sensación de superioridad, de autosuficiencia, pero eso no llega a anestesiar completamente ni el estado de aislamiento que los inunda

<sup>11</sup> Cf. Meltzer (1973): “Identificación y socialización en la adolescencia”, *Op. cit.*, p. 53.

y persigue ni el sentimiento de ser fraudulentos. Además se sienten perseguidos por el temor a ser descubiertos en su fraudulencia y denigrados por ello. Perciben que no despiertan interés en los colegas, su teléfono no suele sonar y su agenda se completa sólo si ellos toman la iniciativa. Su vida suele estar dividida en zonas; delante de los padres se suelen comportar según los modos familiares aceptados, siendo eficientes, apreciados colaboradores de los adultos, mientras que detrás su vida queda confinada a la masturbación, la pornografía y la desesperación; en la relación con jóvenes de su edad o menores, pueden adoptar una actitud protectora que se puede expresar tanto en el deseo de cuidar los propios aspectos sanos proyectados en ellos, como celosamente controlar a los menores, maltratarlos o explotarlos.

Ahora me referiré a otro joven, Alejandro, que vive una vida aislada desde pequeño. Si bien fue motivo de ilusión para sus padres, esa satisfacción se fue diluyendo con el nacimiento de nuevos hermanos; cada nuevo hijo se convertía en motivo de ilusión para los padres que, a su vez, iban arrinconando a los mayores; como si dieran razón a la fantasía infantil de “los adultos están fascinados cuando tienen bebés, pero luego los dejan caer y todo queda en que lo que les gusta es hacer bebés, simplemente el producto” (D. Meltzer y GPB, 1995, p. 36). Los celos y el resentimiento se ocuparon de estimular en Alejandro el anhelo de no quedar marginado. Se escindió en dos mundos. Frente a la madre, hizo una identificación narcisista y se convirtió en el auxiliar, confesor, asesor, soporte de la madre; frente al padre, se convirtió en el hijo servicial que, a fuerza de soportar los desprecios paternos, aplacando su brutalidad, pudo permanecer junto a él y devenir gerente del negocio familiar, pero sin tener el sentimiento de haberlo ganado por méritos intelectuales o de gestión. Incapaz de establecer relación con las hermanas y manteniendo una relación sadomasoquista con su hermano mayor, su vida transcurrió en la más absoluta soledad. Durante la adolescencia intentó establecer relaciones amistosas pero todas terminaban por agotarse. El refugio para tanto aislamiento eran las fantasías pornográficas, sostenidas en Internet, en donde mujeres se desnudaban delante suyo mientras elogiaban el genital de Alejandro; pero nunca se atrevió a ir más allá de Internet, porque un en-

cuentro físico con una persona lo aterrizzaba. Sólo se sobreponía a su aislamiento a través de la identificación intrusiva; pero esos objetos invadidos, lejos de incrementar un sentimiento de seguridad, minaban su personalidad, sintiéndose cada vez más desconfiado como para aventurarse al encuentro con una persona. Durante el proceso terapéutico ha ido rehabilitando parcialmente sus objetos internos en los que ha podido confiar, lo cual ha repercutido en un abandono casi total de la masturbación, del consumo de porros y una disminución del aislamiento, así como un incremento en la dedicación a sus hijos, aunque más interesado en los varones que en las niñas. Con mucha laboriosidad ha podido crear un grupo de amigos a los que aún ha de convocar, sintiendo a menudo el dolor de que no suele ser invitado. Todo esto no significa que se haya tornado muy capaz de tolerar el dolor emocional, porque cuando éste se torna intenso, rápidamente huye y prefiere aplacar al objeto —paterno— persecutorio antes que rebelarse, porque quedarse solo es más persecutorio que ser golpeado o salir al mundo externo. Mientras los placeres derivados de los diferentes compartimientos del objeto interno lo anestesian y gratifiquen seguirá eludiendo la salida al mundo exterior que, al igual que con Gerard, los objetos parentales no se caracterizaron por estar muy interesados en descubrir el misterio del hijo.

5. Así como Alejandro a través de la curiosidad masturbatoria forzaba una entrada en los objetos, abriendo una vía en ellos y adquiriendo una pseudoidentidad, hay situaciones de adolescentes que aislados, solitarios y aburridos resultan fácilmente fascinados y vulnerables a la acción de la intrusividad ajena; es una situación equivalente a la de ser tragados por una ‘identificación proyectiva *aspirada*’, tal como sucede en la psicopatología de la *folie-à-deux* donde predominan las identificaciones proyectivas cruzadas y resulta tan difícil establecer un vínculo con uno de ellos<sup>12</sup>. Esto puede generar un sentimiento de

<sup>12</sup> Meltzer (1967) señala lo difícil que es establecer la transferencia cuando, por ejemplo, la madre envuelve al hijo en sus ansiedades, tal como dice: “He tenido experiencia de que no era la madre la que ‘traía’ al niño, sino que era ella, envuelta en una *folie à deux*, lo que impedía que la concentración tomara la forma necesaria para poner el proceso de análisis en movimiento” (Hormé, pp. 32/33).

gemelaridad en donde dos generaciones, por ejemplo, suelen compartir una única identidad, como creando alianzas aparentemente indisolubles, tal como se puede observar en algunas relaciones entre madres e hijas, con ciertas cualidades, como la hermosura o el don de las palabras, que hablan de sí mismas como “nosotras, nosotras, nosotras”<sup>13</sup>. Esas alianzas<sup>14</sup> perversas pueden tener diferentes objetivos como, por ejemplo, ser alianzas para explotar a otros con el cebo de la belleza corporal o la inteligencia, o robar a otros a través de acuerdos delictivos; en esos casos, cuando las relaciones familiares dejan de funcionar como grupo familiar responsable del desarrollo emocional de los hijos, pueden convertirse en pandillas adolescentes que se co-excitan en la transgresión. Para el adolescente inmerso en esta cultura delictiva resulta muy difícil abandonar este grupo y salir a la comunidad adolescente, entre otras razones, porque puede sentir que traiciona o abandona a sus familiares, al mismo tiempo que perdería todo el erotismo de la orgiástica confusa vida familiar, tal como le pasaba a Héctor, quien hubo de luchar para que su madre no anduviera por la casa sólo con bragas... Esta señora, con características de personalidad bipolar, podía tocarle la barriga al hijo adolescente en ese momento... mientras que el padre no opinaba. La promiscuidad era corriente. El jugar desnudos a hacer como si fueran un sandwich era una práctica que excitaba a estos tres polimorfos adolescentes. Eso no impedía que Héctor se sintiera solo y aislado, pendiente de buscar amigos a los que no toleraba porque rápidamente se le disparaban la voracidad y los celos. El aprisionamiento de Héctor en esa pandilla era un bálsamo temporal que no anestesiaba el deseo urgente de cualquier objeto que llenara su vacío. El discurso familiar era que Héctor no tenía que preocuparse por su futuro porque la pequeña empresa familiar sería para él, al igual que las propiedades. El pacto familiar se cifraba en la consiga de “ellos contra el mundo”. Pero toda

<sup>13</sup> Véase “Elsa: Temor a la comunidad adolescente”, en Donald Meltzer y Martha Harris: *Adolescentes*, Buenos Aires, Spatia, 1998, pp. 215-246.

<sup>14</sup> Alianzas que pueden ser intergeneracionales, o intrageneracionales, por ejemplo, entre padres e hijos, entre hermanos, etc. Véase “Ramón, un rehén en el Claustro”, en el libro de Meltzer y Martha Harris (1998): *Adolescentes*, Buenos Aires, Spatia, p. 269-294.

esa ideología no calmaba el desamparo y aislamiento de Héctor. La compulsión (a comer, beber, relaciones sexuales) y la tentación de la adicción (coca) no bastaban para saciar el hueco de Héctor. Su vacío podía ser engañado con cualquier cosa. Para Héctor, los otros niños o jóvenes no eran más que rivales u objetos de consumo. A medida que se fue disolviendo la confusión geográfica y la simbiosis familiar, las ansiedades de Héctor aumentaron y en la transferencia llegaba el enorme anhelo de poseer al objeto, tal como asoció en una sesión:

“Me enfado por pagar 2 € por aparcar y eso que tengo un coche lindo; me enfado por pagar 2,5 € por una cerveza en un lugar hermoso. Odio a la humanidad. Haría desaparecer al 50%. Todo ha de ser para mí. Es desesperante. Te comería entero para que fueras mío y de nadie más”.

Perdido el estado anestesiado que había logrado con la confusión en la pandilla familiar, sus necesidades aumentaron, al mismo tiempo que la comprensión de su estado mental; así pudo reconocer su anhelo de que todo había de ser para él, pero gratis. Con el *sandwich* erótico no había hambre. Separado, habiendo de pagar se llenaba de rabia. No hace mucho, Héctor soñó que asaltaba un banco y que al llegar al tesoro, que ya estaba abierto, encontró a otros ladrones y entonces perdió el interés y se marchó, porque lo que él quería era el botín entero sólo para él, quería el monopolio del objeto. Este era el mensaje que habían introducido en la mente de Héctor, todo había de ser para él. Pero con mucho trabajo, Héctor ya está reconociendo que con ese estado mental no puede relacionarse ni amar, tal como se expresó en la sesión antes mencionada:

“Me siento como si estuviera en un gran continente, como un bol o un gran cono y todo lo que caiga dentro es para mí; pero no puedo estimar, no siento amor por otros, por tí”.

Héctor lentamente se va alejando de esta pandilla borderline/psicótica que lo aislaba y que le hacía sentir que su único amigo era su

perro Sansón. También va desapareciendo la triste sensación de que siempre había de ir detrás de la gente, pagando comidas u ofreciendo su coche para recibir a cambio comentarios despectivos y demoledores como el de que siempre va detrás de los otros...

\*\*\*

La adolescencia es el momento en que se sintetizan los procesos madurativos y se abren las puertas hacia la vida adulta. Si el adolescente llega a este momento con un centro de gravedad en malas condiciones, el tránsito hacia la adultez requerirá una reestructuración de incierto final. Creo que muchos de los trastornos que padecen los adolescentes aislados caen dentro de los trastornos propios de los estados borderline-psicóticos, y esto está necesariamente ligado a las confusiones geográficas; por eso considero que la superación de estados de aislamiento reclama transitar las etapas que han sido soslayadas o eludidas por temor a las turbulencias emocionales. El itinerario hacia la madurez queda claramente diseñado por Meltzer cuando dice que la resolución de la

“configuración de relación objetal, constituye el límite entre la enfermedad mental (psicosis) y la salud mental, del mismo modo que la resolución de los obstáculos ante la relación introyectiva dependiente con el pecho cruza el límite entre la inestabilidad mental y la estabilidad mental, y del mismo modo que la superación del complejo de Edipo lleva de la inmadurez a la madurez” (Meltzer, 1967, p. 59).

Para que el adolescente aislado pueda resolver los conflictos propios de cada etapa habrá de contar con la capacidad continente del analista, sin asustarse porque

“[...] si el analista puede tolerar y perseverar cuando las confusiones geográficas ocupan el primer plano de la transferencia, será con seguridad recompensado con el progreso” (ibídem).



## Bibliografía

- BION, W. R. (1995): *Memorias del futuro*, Madrid, J. Yébenes.
- (1997): *Taming Wild Thoughts*, London, Karnac.
- CACCIA, O. (2007): “La nascita della mente” en *Pensieri prematuri. Uno sguardo alla vita mentale del bambino nato pretermine*, A cura di S. Latmiral - C. Lombardo, Roma, Borla, 2007, pp. 41-71.
- MANTYKOW DE SOLA, B. (1991): “El amigo íntimo de la adolescencia: su lugar en el proceso psicoanalítico”, *Psicoanálisis*, APdeBA, Vol. XIII, n. 3, 1991, pp. 565-583.
- MELTZER, D. (1967): *El proceso psicoanalítico*, Buenos Aires, Hormé,
- (1973): “Identificación y socialización en la adolescencia”, *Estados sexuales de la mente*, Buenos Aires, Spatia,
- (1971): “Sinceridad: un estudio en el clima en las relaciones humanas”, en *Sinceridad y otros trabajos. Obras escogidas de Donald Meltzer*, ed. por A. Hahn, Buenos Aires, Spatia, 1997, pp. 165-267.
- (1990): Conferencia en APdeBA, 1989, *Psicoanálisis*, Vol. XII, n. 1, 1990.
- (1992): Supervisión en el GPB, Caso Christian. Inédito.
- (1994): *Claustrum*, Buenos Aires, Spatia.
- y GPB: (1995): *Clínica psicoanalítica con niños y adultos*, Buenos Aires, Spatia,
- & MARTHA HARRIS (1998): *Adolescentes*, ed. por L. Jachevasky y C. Tabbia, Buenos Aires, Spatia.
- (1999): *Diálogos clínicos con DM*, caso Graciela, *Psicoanálisis*, APdeBA, Vol. XXI, N° 1/2, 1999, pp. 119-146.
- RÍOS, C. (1985): “Las identificaciones en la adolescencia”, *Psicoanálisis*, APdeBA, Vol. VII, N° 3 1985, pp. 499-515.
- ROSENFELD, D.: “Adicción psicótica a los videojuegos”, publicado: Paul Williams: *A Language por Psychosis*, London, Whurr Publishers, 2001.
- TABBIA, C. (2009): “El concepto de intimidad en el pensamiento de Donald Meltzer”, en *Docta*, N° 6, diciembre 2010, *Revista de Psicoanálisis*, Asociación Psicoanalítica de Córdoba, y en italiano en *Psicoterapia Psicoanalitica*, Rivista Società Italiana de Psicoterapia Psicoanalitica, Vol. XVII, n. 2, Roma, Borla, 2010, pp. 63-81.
- TABBIA, C. (2013): “La caja de herramientas del psicoanalista. Un aprendizaje en los Talleres de Bion y Meltzer”, *Psicoanálisis*, APdeBA, Vol. XXXV, n. 2, 2013, pp. 283-324.